

ENSAYO SOBRE LA LEJANÍA

Julio Fernández Peláez

ENSAYO SOBRE LA LEJANÍA

AL ENTRAR, CADA ESPECTADOR RECIBE UN SUEÑO DIFERENTE.

ME QUEDO MIRANDO AL HORIZONTE.

Es un horizonte que no he elegido, aunque tampoco podría ser otro. Es el que está ahí, al asomar la cabeza por la ventana, el mismo que de niño contemplaba durante largo rato, cuando venía a esta casa de vacaciones.

Una línea de montañas en la lejanía. De un azul muy intenso, por efecto de la luz que a principios de verano se dispersa en una atmósfera limpia, recién remozada por las lluvias de la primavera.

Hace meses que he regresado para encontrarme con este horizonte, y quedarme.

Son, ahora mismo, las 10 de la mañana de un 1 de julio de 2015, aunque es posible que sean las 9, o las 8, según el horario solar. Las horas son una convención, pienso. Los relojes deberían olvidarse de la absurda idea del tiempo y marcar, por ejemplo, la intensidad de los rayos, la proporción de las sombras o aquellas impresiones atmosféricas que nos ayudasen a comprender el día que hace y el día que haría, de estar nublado, soplar el viento, o caer, de pronto, una intensa nevada.

A esta hora, la luz de la mañana golpea de lleno las laderas de las montañas y el horizonte aparece nítido. Se apodera de mí una sensación placentera de perplejidad frente a la lejanía. Es este horizonte, y no otro, el único horizonte que añoro y deseo al mismo tiempo, en pasado y en presente, ahora y antes de que el calor comience a crear tenues espejismos, antes de que la imagen de un paisaje con montañas al fondo se diluya en el interior de una lágrima.

NUNCA HAY NIEBLA EN EL HORIZONTE.

La confusión

entre lo que está cerca y lo que está lejos
no es un problema de métrica
sino de conciencia. La conciencia
que une el ser con el estar,
el cuerpo con el lugar,
las emociones con desear de verdad cuando el desear de verdad
haya sido cancelado.

Huyo del espectáculo que nos ofrecen.

Es un huida hacia el silencio
que yace bajo el envoltorio de las palabras y los actos. La nitidez
sobreviene desde la oscuridad permanente
y me obliga a sentir,
para abandonarme a lo estéril. Quiero
hacer de la vida
un vestido
de lo íntimo.

CONSTRUIR UNA MÁQUINA PARA CAPTURAR HORIZONTES:

BUSCAR UNA CAJA MÁS LARGA QUE ANCHA Y MÁS LARGA QUE ALTA.

ABRIR COMPLETAMENTE UNO DE LOS EXTREMOS.

COLOCAR EN EL EXTREMO OPUESTO UNA MIRILLA CON FORMA RECTANGULAR, DE NO MÁS DE UN CENTÍMETRO.

EN EL EXTREMO DE LA ABERTURA, PEGAR UNA PLACA TRANSPARENTE.

DELANTE DE LA PLACA, Y GRACIAS A UNA RANURA, INSERTAR UNA SEGUNDA PLACA CON UN CIELO PINTADO.

FABRICAR TANTOS CIELOS PINTADOS COMO SEAN NECESARIOS.

DISPONER LA MÁQUINA SOBRE UN TRÍPODE EN MEDIO DE LA CALLE EN HORIZONTAL, E INVITAR A LA GENTE QUE PASA A QUE MIRE A TRAVÉS DE LA MIRILLA.

CAMBIAR DE CIELOS, BAJAR Y SUBIR EL CIELO HASTA DAR CON EL HORIZONTE ADECUADO.

(ES ACONSEJABLE CUMPLIR LA *REGLA DEL HORIZONTE*, EN LA QUE EL CIELO HA DE OCUPAR 1 O 2 TERCIOS, DEPENDIENDO DE SU IMPORTANCIA.)

CADA MIRADA SERÁ UNA CAPTURA.

CADA CAPTURA UNA MIRADA.

(CAMBIAR DE CIELO HASTA DAR CON EL HORIZONTE ADECUADO.)

CON UN LÁPIZ ESCRIBIR UNA LINEA CONTINUA HASTA CONVERTIR LA LÍNEA EN LA PALABRA QUE ES.

La velocidad mata la lejanía, del mismo modo que la quietud la protege.

Los horizontes pierden su función ante la frenética velocidad.

Con la alta velocidad, el paisaje cambia a cada instante, o se constituye en paisaje único, global, indiferente al clima y a los cambios de vegetación.

La auténtica misión de la velocidad no es la de generar movimiento sino la de anular las distancias, hacer de lo físico un todo virtual en el que las personas puedan vivir simultáneamente aquí y allá, y en ninguna parte, como en el interior de una red social en la que ya no hay sueños porque los sueños se han vuelto inútiles, y solo lo útil es útil, y solo es útil aquello que vemos delante de nuestros ojos, en la pantalla, sucediendo en la vacuidad del todo uniforme.

Decido quedarme, y lo que esto significa es justamente eso: el deseo firme y voluntario de no volver a moverme, de no avanzar. Tan solo ahondar, regresar a la esencia, aquello que fue borrando la velocidad y que ahora intento recuperar pese a no saber en qué estado se encuentra.

Y al permanecer así, quieto, con la vista perdida en la lejanía, resulta que el tiempo se detiene y me invade una extraña sensación de eternidad, la ilusión de que nada cambiará en un futuro, y de que nada nunca cambió jamás.

EN EL ALMA DE LA PUERTA DEL TEATRO, JUSTO EN ESE LUGAR DONDE SE CORTAN LAS ENTRADAS.

Aprender a diferenciar meta de horizonte: Corremos hacia la meta, nos paramos ante el horizonte. La meta se vislumbra al llegar a ella, el horizonte siempre está.

Y sin embargo, hay momentos en la vida en los que las metas desaparecen como metas, como destinos a sobrepasar.

Es posible, incluso, que la meta más importante en nuestra vida se dé por inalcanzable y que prefiramos mirarla sentados sin protestar,

asumiendo la condición irrealizable y asumiendo también nuestra propia condición inmóvil,

pero disfrutando de ella como único lugar posible en la lejanía,

el único que no desaparece de nuestra vista

pase lo que pase,

el único que nos acompañará hasta el final de nuestros días.

Es posible, también, que en un momento cualquiera de la vida, los horizontes se borren para dejar de ser horizontes.

En un instante, la realidad se convierte en insoportable y el deseo de escapar convierte el horizonte en meta al alcance de la mano.

Esto es la escritura para mí: un horizonte al que ya no deseo llegar, porque de llegar perdería su condición de horizonte. Escribo a cada momento, es mi mente la que escribe, es ella la que actúa con rutina grabando las emociones en la superficie de las membranas de las neuronas. Pero en este hecho de escribir no hay objetivo alguno. La escritura es ser y es horizonte. Soy yo y es mi lejanía, aquello que me empuja a existir sin tener que llegar a ninguna parte.

Es la escritura, el último refugio para los sueños.

Es la escritura la única condición que pongo

para seguir viviendo

para seguir amando.

Escribir siempre

sobre la piel húmeda

y blanda

del cuerpo

abierto

para ser

cuerpo.

Cuerpo a cuerpo

las palabras me buscan
las palabras me acorralan
las palabras me atraviesan a quemarropa
para darme muerte
para darme vida.
Yo solo quiero respirar en el límite,
allí donde lo finito se hunde en el abismo de la poesía
sentir que el cielo no es la bóveda que encierra el dolor
en la tierra,
el dolor de la existencia,
sino una simple hoja de papel con nubes, sentir que el cielo es una idea
que se balancea indefensa
sobre una línea.
Mis entrañas son azules.

PERMITIR QUE LOS ESPECTADORES ENTREN PISANDO UNA TELA DE ALGODÓN TAN LIMPIA COMO LA NIEVE RECIÉN CAÍDA.

PROYECTAR UNA PÉRDIDA, LA MIRADA DE UNOS PASOS QUE SE PIERDEN EN MEDIO DE UN BOSQUE DE ROBLES DE COPAS DESNUDAS.

HABLAR DESDE EL INTERIOR DE UNA MANTA.

Me gustaría que en este ensayo hubiera diálogo. El diálogo es acción. Es lo que permite que una sucesión de acontecimientos tenga sentido. El drama avanza gracias al conflicto que surge del diálogo y de los diferentes puntos de vista, también entre ustedes y yo. Sin cambios en la perspectiva, el pensamiento se estanca en la reflexión. Me gustaría que habláramos, que habláramos y habláramos, mientras contemplamos juntos.

ENCENDER UNA VELA EN LA PARED AL FONDO.

Es una estrella, la única estrella que quedará en el mundo cuando todo se acabe,
la única estrella que jamás se apagará,
aunque se enciendan las luces del universo,
aunque se incendie el cosmos,
aunque un agujero negro le dé la vuelta a las galaxias
y las convierta en polvo de azúcar.
Créanme, esa estrella permanecerá siempre, porque es el origen de todo,
y porque está ahí, para impresionar
los sentimientos,
para que los sentimientos se fijen en ella,
para ser llevada a bordo de los corazones
al salir de este teatro.

HACER TEMBLAR LA LUZ DE LA VELA SOPLANDO TÍMIDAMENTE.

Me gustaría que en esta pieza hubiera diálogo, repito.

Estamos en un mismo lugar, relativamente cerca los unos de los otros, demasiado cerca para considerar imposible un diálogo, un diálogo natural, a viva voz, de los que remueven el aire, y en los que se siente de forma vívida los alientos.

Podríamos hablar, discutir sobre lo que es o no es la lejanía,
yo no estoy en el código de la ficción,
soy absolutamente real,

a pesar de mi ausencia

a pesar de no ver ya la estrella que latía en el infinito.

BAILAR SOBRE LA SUPERFICIE LISA DE UN LINÓLEO QUE NO REPRESENTA OTRA COSA QUE UN SUELO.

Me digo: La danza establece una relación paradójica entre quien actúa y quien mira. Es obvio que cuando baile, nadie podrá creer que bailo en otro lugar que este, aún a sabiendas de que lo bailado fue ensayado anteriormente, una y otra vez, hasta dar con el acontecimiento único, aquel que ocurre gracias a la repetición de un acto simple, del mismo acto siempre, para generar, sin embargo, sensaciones auténticas.

Os digo: Deseo sentirme cerca de vosotros, y para eso, la única forma es que baile por primera vez, y por última.

Si así fuera, habríamos roto toda posibilidad de lejanía entre nosotros.

No podréis contemplarme, sentiréis vergüenza de que alguien, así sin más, se ponga a bailar en un sitio como este, sin venir a cuento, en un lugar con focos y paredes negras, preparado para la representación, y dejaréis de verme.

Vamos a hacer algo aún más extraordinario, quedaremos a oscuras.

La oscuridad no evitará nuestras presencias, pero hará que nos olvidemos de ellas.

Será como si no estuviéramos aquí, como si hubiéramos desaparecido, o mejor aún, como si nuestros cuerpos se hubieran marchado hace unos días, de viaje, lejos.

BRUTAL OSCURO.

Por favor, que nadie piense que estamos aquí.

Estamos desaparecidos

en el exilio imposible,

más allá del más allá.

No existimos.

Somos personas que habitan lo invisible

en cualquier lugar no iluminado

del mundo.

BAILAR TRATANDO DE ENCONTRAR EL ESPACIO SONORO AL LUGAR, EXPLORANDO A GOLPES TODAS LAS SUPERFICIES DE LA ESCENA.

Cierro los ojos y trato de sentir miedo
y soledad
y falta de libertad.

Todo junto.

Pero no es el miedo lo que nos empuja a seguir huyendo, me dices.

Es la necesidad.

La vida.

No importa que al final del túnel no haya horizontes,
el túnel es la única salida.

No es el miedo lo que nos arrastra a desear lo que esté lejos, a pesar de dudar sobre la existencia.

Avanzamos hacia ella porque esa es la única forma de soportar lo cercano,

el hedor de nuestros cuerpos
que a cada paso se descomponen
entre míseras y cotidianas
mezquindades.

El miedo,

el miedo no nos detiene,

nunca nos detendrá,

pese a que quienes lo sienten,

nos golpean con palos

para que desistamos

en nuestra idea

y sintamos el miedo, como ellos,

en el alma

que mana de cada una de las células.

PINTAR CON EL CUERPO.

PINTAR CON LOS CABELLOS.

PINTAR EL HORIZONTE CON HORIZONTES DE COLORES INTENSOS.

TEATRO DE SOMBRAS:

UN ANIMAL CON CORNAMENTA DE ÁRBOL

EXPLORA DISTANCIAS.

UNA MUJER SE LANZA AL VACÍO

DEL ACCIDENTE

PARA DESPUÉS QUEDARSE QUIETA,

INTENSAMENTE QUIETA,

TERRIBLEMENTE QUIETA,

OBSOLETA,

REMOTA.